

Domingo 6: La Revelación del Mediador

Preguntas y Respuestas 16-19

Lectura: 1 Timoteo 2

Salterios:

Primero: 204:1-4

Segundo: 318:1-2

Tercero: 283:1-3

Cuarto: 241:1,4,5

Último: 304:2

Querida congregación,

“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2:5). Así escuchamos a Pablo hablando en su primera carta a Timoteo. *“Hay un solo Dios, y un solo mediador”*. Un mediador —la palabra ya lo sugiere— es alguien que media, que se interpone entre dos partes para reconciliarlas la una con la otra. También nosotros necesitamos tal mediador, congregación: un mediador que pueda unir a Dios y al hombre, porque Dios es un Dios santo. No puede tener comunión con el hombre pecador. Necesitamos un mediador que se interponga entre Dios y el pecador, para poner una de Sus manos sobre un Dios santo y justo, y Su otra mano sobre una criatura indigna.

Aprendimos la última vez que la liberación debe venir de lo alto. Para que haya salvación para criaturas tan profundamente caídas, el Señor mismo tiene que intervenir. Esta vez, escucharemos que *existe* tal Mediador, Uno que vino de lo alto y nació aquí abajo, Uno que se pone del lado de Dios, pero también del lado del hombre, Uno que es Dios y, sin embargo, que fue hecho hombre. Por eso, Él puede ser el Mediador. Sobre la pregunta: “¿Quién es aquel Mediador?”, Pablo da respuesta. Él dice: “Jesucristo hombre”—observen el uso de esa palabra “hombre”—“Jesucristo hombre”. El apóstol lo señala a Él, el eterno Hijo de Dios que fue hecho hombre. El Catecismo de Heidelberg también lo señala a Él: “Jesucristo hombre”. Él es el único Mediador.

Congregación, jóvenes y mayores, ¿cómo llegaron hoy a la iglesia? ¿Cómo les afectó la instrucción de los primeros cinco Domingos? ¿Ya han sido descubiertos ante ustedes sus pecados y su necesidad de aquel Salvador, el único Mediador? Que le agrade al Señor revelarlo a sus almas. Que Él utilice la verdad de Su Palabra divina y la aplique a su corazón mientras consideramos lo que podemos encontrar en el Domingo 6 de nuestro Catecismo. Leamos juntos el Domingo 6 del Catecismo de Heidelberg.

Pregunta 16: ¿Por qué debe ser verdadero hombre y perfectamente justo?

Respuesta: Porque la justicia de Dios exige que la misma naturaleza humana que pecó, pague por el pecado; y el hombre que es pecador, no puede pagar por otros.

Pregunta 17: ¿Por qué debe ser también verdadero Dios?

Respuesta: Para que, por la potencia de su Divinidad, pueda llevar en su humanidad la carga de la ira de Dios, y reparar y restituir en nosotros la justicia y la vida.

Pregunta 18: Mas ¿quién es este Mediador, que al mismo tiempo es verdadero Dios y verdadero hombre perfectamente justo?

Respuesta: Nuestro Señor Jesucristo, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justicia, santificación y perfecta redención.

Pregunta 19: ¿De dónde sabes esto?

Respuesta: Del Santo Evangelio, el cual Dios reveló primeramente en el Paraíso, y después lo anunció por los santos patriarcas y profetas, y lo hizo representar por los sacrificios y las demás ceremonias de la Ley: y al fin lo cumplió por su Hijo unigénito.

Aquí encontramos:

La Revelación del Mediador

1. Su gloriosa Persona
2. La riqueza de Su Nombre
3. El lugar donde podemos hallarlo

Repito: La revelación del Mediador. En primer lugar, Su gloriosa Persona. Esto se refleja en las Preguntas 16 y 17, donde podemos oír acerca de Aquel que es Dios y hombre y acerca de Sus dos naturalezas, la divina y la humana. Allí se retrata Su gloriosa Persona. En segundo lugar, la riqueza de Su Nombre. Su Nombre se revela en la tercera pregunta y respuesta (del Domingo 6), donde dice: “Nuestro Señor Jesucristo” y lo que sigue. Ese es Su Nombre. Y, finalmente, el lugar donde podemos hallarlo. Si usted pregunta: “¿Dónde puedo encontrar a este Mediador? ¿Cómo podemos conocerlo?”, la respuesta es: “Del Santo Evangelio”, y lo que sigue. Este es el lugar donde podemos hallarlo: la Palabra de Dios, el Santo Evangelio.

Primer pensamiento. Su gloriosa Persona.

Congregación, cuando los niños comienzan a hablar y tienen apenas dos o tres años, empiezan a preguntar: “¿Por qué?” “¿Por qué estás haciendo eso, mamá?” “¿Por qué dices eso, papá?” “¿Por qué esto?” “¿Por qué aquello?” Cuando un niño de esa edad comienza a descubrir el

mundo a su alrededor, a menudo se siente sorprendido y no sabe las respuestas, pero espera que sus padres lo sepan todo. Por eso, el niño no deja de preguntar: “¿Por qué?”, incluso hasta el punto en que una madre puede sentirse agotada. Hay preguntas que un padre *no puede* contestar o que *no tiene por qué* contestar, pero, en general, es bueno que los niños hagan preguntas. Les ayuda a crecer y a entender el mundo a su alrededor.

De la misma manera, cuando somos llamados a considerar la Persona del Mediador, cuando esperamos hablar de Sus naturalezas y acerca de la pregunta de por qué debe ser Dios y hombre al mismo tiempo, debemos ser cautelosos de no razonar acerca de estas cosas de una manera netamente racional. Debemos guardarnos de eso. No debemos hacer preguntas por mera curiosidad. Bendito el hombre o la mujer, el niño o la niña, que hace preguntas desde un anhelo sincero por la salvación, desde un hambre viva. Bienaventurados aquellos que claman debido a una necesidad sentida: “Oh Señor, ¿cómo podré ser salvo? ¿Quién es ese precioso Mediador en quien cree Tu pueblo, acerca de quien ellos hablan con tan ardiente fervor? Oh, ¡que pudiera yo recibir instrucción de lo alto y participar en la bendita porción de Sion!”

Somos tan inclinados a razonar con nuestra mente carnal e indagar en todo. Por supuesto que no está mal escudriñar las Escrituras y adquirir conocimiento. La ignorancia es la madre de muchas herejías. Debemos estar bien cimentados en la verdad, especialmente en esta época en que cada viento de doctrina sopla *alrededor* de la iglesia e incluso *dentro* de ella. Por lo tanto, sean diligentes en estudiar la verdad, en leer sus Biblias y en asistir a la iglesia. Sean fieles, jóvenes, en asistir a su catequesis y a las reuniones de jóvenes.¹ Nunca les hará daño. Al mismo tiempo, mantengan en mente que nuestra doctrina no es una doctrina de entendimiento; es una doctrina de fe. Si queremos entender la verdad con nuestra mente oscurecida, terminaremos colocándonos por encima de la Palabra de Dios y pretendiendo conocer las cosas mejor que Dios.

Aquí, en el Domingo 6 de nuestro Catecismo, encontramos lo contrario. Aquí no encontramos a alguien que quiere saber las cosas *mejor que* Dios, sino a alguien que desea recibir instrucción *acerca de* Dios y de Cristo. Aquí no hay una curiosidad vana, sino un deseo sincero de ser estudiante de Cristo —de un Cristo que aún le es desconocido.

Prestemos atención a la primera pregunta de este estudiante: “¿Por qué debe ser verdadero hombre y perfectamente justo?” ¿Escuchan esa pregunta? El estudiante pregunta: “¿Por qué debe ser hombre el Mediador de quien escuchamos en el Domingo 5? ¿Por qué debe ser verdadero hombre y perfectamente justo?” Espero que usted esté teniendo la misma pregunta. Es un privilegio sentarnos bajo la predicación con enigmas en el corazón y con un alma anhelante. Al instructor le agrada dar una respuesta a tales estudiantes pobres y necesitados — una respuesta basada en la Palabra de Dios. ¿Cuál es su respuesta? “Porque la justicia de Dios

¹ El autor hace referencia al programa de clases semanales de catequesis, que se enseñan durante el año escolar por los ancianos y pastores a los adolescentes en las diferentes congregaciones reformadas de su denominación.

exige que la misma naturaleza humana que pecó, pague por el pecado; y el hombre que es pecador, no puede pagar por otros.” Esta es la razón por la que el Mediador debe ser un hombre perfectamente justo.

En primer lugar, el Mediador debe ser *hombre*. El hombre ha pecado, y, por lo tanto, el hombre debe satisfacer la justicia de Dios; el hombre debe pagar por el pecado. Por eso el Hijo de Dios se hizo hombre. Por eso Cristo nació en este mundo. Es la maravilla de la Navidad: *“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros; y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”* (Juan 1:14). Es la maravilla de todas las maravillas. El Hijo de Dios tuvo que asumir la naturaleza humana y participar de carne y sangre. Tenía que ser el Redentor, Aquel que es mayor que Booz, el pariente de Su pueblo.

Entre Israel, tal pariente se llamaba el “go-el”. Si un hombre pobre ya no podía cubrir sus deudas, tenía que vender toda su propiedad. Sin embargo, se le permitía a otro recuperar esta propiedad a su nombre y restaurársela, siempre que fuera un pariente cercano. Entonces este hombre, el pariente, actuaba como el “go-el”, el redentor. Así es con Cristo. El Hijo de Dios jamás podría haber sido el Redentor de los hijos caídos del hombre si no fuera su pariente. Él nunca podría haber pagado por ellos si no fuera parte de la raza humana. Nunca podría haber restaurado los bienes perdidos si no asumiera nuestra carne y sangre. Por esa razón tuvo que descender a este mundo y nacer de una mujer.

Hay otra razón por la que tenía que ser hombre. Estaba bajo la obligación de cumplir la ley en lugar de Su pueblo. Por eso, nació como deudor a la justicia de Su Padre. Tomó sobre sí las deudas de otras personas y aceptó su castigo. ¡Cuán profunda fue Su humillación! ¡Cuán afligidos nos sentimos cuando se nos culpa por algo que no hemos hecho y cuando nos toca sufrir siendo inocentes! Sin embargo, el Hijo de Dios fue hecho hombre para tomar sobre Sí los pecados de Su pueblo y sufrir una agonía que jamás podrá ser expresada en palabras. Se hizo hombre para ser el “go-el”. Fue hecho hombre para cumplir la ley y cancelar esas deudas. *“El castigo de nuestra paz fue sobre él”*, dice Isaías (53:5). No podía sufrir mientras estaba en el cielo. Por eso, fue necesario que dejara atrás el trono de Su Padre y descendiera a este mundo. Tenía que ser hombre, verdadero hombre y perfectamente justo.

¿Por qué el Mediador tenía que ser un hombre *perfectamente justo*? La segunda parte de la Respuesta 16 lo aclara: “el hombre que es pecador no puede pagar por otros”. Eso es obvio, ¿verdad? Supongan que alguien solicita su ayuda porque está con graves problemas económicos y no le queda nada con qué pagar a sus acreedores. ¿Podrá usted ayudarlo si usted mismo está con deudas? Por supuesto que no. Eso sería imposible. Lo mismo se aplica al Mediador que tiene que redimir a Su pueblo pobre y necesitado de sus pecados. ¿Cómo podría librarlos si Él mismo fuera un pecador? ¿Cómo podría satisfacer las deudas de otros, de gente culpable ante Dios, que le deben tanto, cuyos pecados llegan hasta el cielo? Es absolutamente imposible. El

Mediador no puede pagar por el pecado a menos que sea verdadero hombre y también sin pecado.

Nuestro Catecismo, habiendo abordado el tema de la naturaleza humana de Cristo, ahora llega a Su naturaleza divina. Para poder resolver este caso entre Dios y el hombre, el Mediador debe ser tanto Dios como hombre. ¿Por qué es esto necesario? Esa es la siguiente pregunta en el Domingo 6, Pregunta 17: “¿Por qué debe ser también verdadero Dios?” Espero que ya entendamos por qué le era necesario ser hombre. Pero, ¿por qué debe ser verdadero Dios y verdadero hombre en una sola Persona? ¿Por qué debería tener una naturaleza divina?

Al responder a esta pregunta, nuestro Catecismo emplea dos palabras para describir Su obra. Dice, en primer lugar, que tiene que “reparar”. En segundo lugar, dice que tiene que “restituir”. Primeramente, consideremos la obra de “reparar”. Cristo tuvo que reparar la justicia y la vida. Debía ser capaz de soportar el peso de la ira de Dios, de llevar la carga indescriptible del santo desagrado de Dios. ¿Sabe usted por experiencia lo que es estar bajo esa carga de pecado e ira? ¿Alguna vez ha sentido algo de ese santo desagrado contra su pecado ardiendo en su corazón? Los hijos de Dios llegan a conocer algo de eso por experiencia. Nunca sentirán *toda* la carga de esa ira divina; ninguna criatura es capaz de soportarla. Nos hundiríamos directamente en el infierno si todo el peso de la santa ira de Dios fuera puesto sobre nosotros.

Solo hubo Uno que pudo llevar esa carga: Jesucristo. Como Mediador, Él tuvo que llevarla. Tuvo que sostenerla durante Su vida hasta quitarla por completo. ¿Ahora entienden por qué tenía que ser Dios? Oh, hablando con reverencia, uno tendría que ser Dios para llevar una carga tan enorme. Esa es la primera razón por la que el Mediador tenía que ser Dios.

Hay, sin embargo, una segunda razón. El Mediador tenía que llevar una vida perfecta. Tenía que mantenerse puro en un mundo lleno de tentaciones. *Nosotros* no podemos vivir un solo día sin pecar. Las tentaciones nos rodean y nuestro corazón está abierto a la maldad del pecado; está llenó de engaño y corrupción. ¿Cómo podría alguien llevar una vida perfecta en un mundo con tantas tentaciones, con Simeis que maldicen y con Dalilas que sonrían? ¿Quién resistirá todas esas tentaciones, jóvenes? El mundo tiene un poder tan atrayente. Es tan vacío, pero parece tan atractivo. ¿Quién puede llevar una vida perfecta? Sin embargo, el Mediador tenía que hacerlo: era necesario que viviera una vida perfecta sin ningún pecado, sin ninguna iniquidad. Tuvo que perseverar hasta el fin y quebrantar el poder de la muerte, del infierno y de Satanás. ¿Quién puede hacer esto? ¿Quién es capaz de romper las cadenas de la muerte y resucitar victoriosamente? ¿Quién puede vencer el poder del infierno y derrotar el reino de las tinieblas? ¿Quién puede resistir a Satanás y herirle en la cabeza? Un simple ser humano no lo puede hacer, pero Dios sí. Solo un Mediador divino puede lograrlo. Cristo tenía que hacer un trabajo tan costoso, congregación; sin embargo, lo hizo. Lo hizo perfectamente, y pudo decir: “Padre, *he*

acabado la obra que me diste que hiciera” (Juan 17:4). En la cruz, exclamó: *“¡Consumado es!”* (Juan 19:30). Él reparó la justicia y la vida.

¿Fue eso suficiente? No, tenía que hacer algo más. Recuerden esa otra palabra: “restituir”. Cristo no solo tenía que *reparar* la justicia y la vida, también debía *restituir* estos tesoros a Sus pobres y necesitadas ovejas. Él debía lograr la salvación para un pueblo pecador, pero —además— debe aplicarla a sus corazones.

Congregación, reparar la justicia fue una obra costosa, pero restituirla no es menos difícil. ¿Saben por qué? ¡Porque no hay espacio para la vida y la justicia en nuestros corazones! No hay un verdadero deseo de salvación. Por naturaleza, no buscamos al Señor. Somos tan tercos. Somos tan necios y tan ciegos. Esa es la otra razón por la que el Mediador tenía que ser Dios. Necesitaba tener suficiente poder, en primer lugar, para humillar al hombre ante Dios, y, luego, en segundo lugar, para levantarlo por gracia.

¿Qué piensan? ¿Será una tarea fácil derribar al hombre desde las alturas de su fortaleza y orgullo, y humillarlo ante Dios? ¿Es fácil dar vida a un pecador muerto y reconciliarlo en su enemistad con Dios? ¿Es una tarea sencilla transformar a un siervo del diablo en un amigo de Dios y convertir a un fariseo en un pobre suplicante? ¡Claro que no! ¡Eso requiere poder divino! Un Mediador capaz de lograrlo debe ser Dios mismo. Se necesita ejercer poder divino para llevar a los pecadores al arrepentimiento y humillarlos hasta el polvo ante un Dios santo.

Sin embargo, debe tener poder suficiente para levantar a esos mismos pecadores del polvo. Debe ser Dios mismo para consolar los corazones de los heridos bajo los golpes de la ley, quienes anhelan a Dios y aceptan el castigo de su iniquidad. Debe ser Todopoderoso para conceder esperanza donde ya no hay más esperanza. Oh, ¿cómo levantar del polvo a los caídos? ¿Cómo hacer que un pobre pecador confíe en Dios? Intenten persuadir a tal persona que aún le queda una posibilidad, y le dirá: “No lo puedo creer”. Intenten decirle que hay un Salvador perfecto que puede salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios. Él responderá: “Eso es para el pueblo de Dios, pero no para mí. He pecado demasiado, por demasiado tiempo, y demasiado gravemente”. Intenten decirle que la ira de Dios se ha aplacado en la preciosa sangre de Jesús; y solo los mirará avergonzado y preguntará a qué se refiere.

Oh congregación, ¿lo comprenden? ¿También necesitan a un Mediador que sea más que solo un hombre? ¿Usted puede ser levantado del polvo solamente por un poder divino, por una obra de lo alto? En la vida diaria es muy difícil ofrecer esperanza a las personas mentalmente deprimidas. No podemos quitar sus tinieblas y darles verdadero consuelo. El sabio rey Salomón preguntó: *“¿quién soportará al ánimo abatido?”* (Proverbios 18:14). En otras palabras, ¿quién puede levantar el espíritu de aquel que está quebrantado bajo las aflicciones de esta vida? Es una tarea sobrehumana. ¡Mucho más difícil es consolar los corazones de los pecadores quebrantados!

¡Cuán imposible es para aquellas personas cargadas con culpa que no tienen nada con qué pagar! ¿Ahora ven que el Mediador tenía que ser Dios para ser un Mediador eficaz? ¡Él requería poder divino para restituir la vida y la justicia a los pecadores, para concederles la salvación y para darles la fe mediante la cual puedan recibir todo esto!

Sin embargo, la obra del Mediador no termina allí. Él no solamente debe salvar a Su pueblo; también debe preservarlos contra cada ataque. Él tiene que guiar a los hijos de Dios en esta vida no solamente por unos días o años, sino a veces hasta ochenta años. Necesita llevarlos a casa al fin, a través del Jordán de la muerte con todos sus temores. ¿Llegarán al final de todo a la Nueva Jerusalén? Hay tantos tropiezos y enemigos. Satanás va como león rugiente, el mundo es tan fuerte y su carne es tan débil. ¿Quién puede mantenerse y perseverar? ¿Quién perseverará hasta el fin? Solo un Mediador divino puede ayudarles cuando fallan todos los demás ayudantes. Solo Dios puede salvarlos y preservarlos.

Así que, este es el Mediador que necesitamos: uno que es verdadero Dios y verdadero hombre, un hombre perfectamente justo y un Salvador divino. Esa es Su gloriosa Persona.

Segundo Pensamiento. La riqueza de Su Nombre.

Así llegamos a nuestro segundo punto: La riqueza de Su Nombre. ¿Cuál es el Nombre del Mediador? Esa no es una pregunta difícil, ¿verdad? Estoy seguro de que algunos de nuestros hijos ya saben la respuesta. ¡Es el Señor Jesús! ¡Él es Dios y hombre en una Persona! Solo acerca de Él se puede decir que es verdadero Dios y también un hombre perfectamente justo. Es Jesús. ¿Dice el estudiante esto también? Lo esperaríamos, pero no, él no sabe Su Nombre. Aunque ha sucedido una maravilla en su vida, el estudiante aún desconoce de Jesús. El Señor lo ha llevado de la Ciudad de Destrucción y ha puesto sus pies en el camino de vida. El estudiante tampoco sabe esto todavía, pero es evidente por las preguntas que está haciendo. Recuerden lo que hemos escuchado en los anteriores Domingos. Es claro que el estudiante ha sido vivificado por el Espíritu Santo y humillado por gracia. Sin embargo, sigue desconociendo a Jesús. Oh, si Dios mismo no le revela ese Nombre, el estudiante permanecerá desconociendo por completo de Cristo. Ha oído mucho acerca del Mediador, y su corazón es atraído a Él. Tiene un hambre viva en su alma. Hay en él un anhelo: “Oh, ¡que yo lo conociera!” Sin embargo, no lo conoce aún.

¿Tiene usted este anhelo también en su corazón? ¿O esa pregunta ardiente es extraña para usted? ¿No pregunta por Su Nombre? ¿Está usted más interesado en los nombres de las celebridades de este mundo, los héroes del deporte, de la música y del entretenimiento? ¡Cuán pobre es usted si ese es el caso! ¿O está más interesado en su propio nombre, en su reputación en su carrera profesional o como un asistente fiel de la iglesia? ¡Cuán triste es si esa es su meta! Algún día va a morir y su nombre perecerá con usted. ¡Pobre gente aquella que vive solamente por las cosas temporales y materiales y que no tienen nada más que su propio nombre! Por otro

lado, benditos aquellos que pueden preguntar por el Nombre del único Mediador y que pueden recibir una respuesta al deseo de su corazón. ¿Quién es Él? ¿Cuál es Su Nombre?

El estudiante del Domingo 6 desconoce de Cristo, pero no *permanecerá* en la ignorancia. En la respuesta a la Pregunta 18, se revela el Nombre del Mediador. ¿Cuál es Su Nombre? “Jesucristo”—¡esa es la respuesta! “Nuestro Señor Jesucristo, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justicia, santificación y perfecta redención.” ¡Qué respuesta más preciosa! ¡Cuán lleno de riqueza es Su Nombre!

Congregación, en el Domingo 5 hemos escuchado del alba de la salvación. El Sol de justicia estaba por aparecer. Aún se veía. El Sol aún estaba debajo del horizonte, pero sus primeros rayos comenzaron a asomarse. Los primeros destellos comenzaron a colorear el cielo. Pero ahora ocurre una maravilla, ¡una maravilla tan grande! En el Domingo 6, el Sol de justicia se eleva por encima del horizonte. Está saliendo con sanidad en sus alas. Es presentado en todos sus colores. Su Nombre es Jesucristo.

Nuestro Catecismo dice: “Nuestro Señor Jesucristo, el cual nos ha sido hecho por Dios” —no hecho por *nosotros*, sino por *Dios*— “sabiduría, justicia, santificación y perfecta redención”. Esta respuesta es muy preciosa y está enteramente expresada con palabras de las Sagradas Escrituras. Casi no se puede explicar con palabras humanas quién es Jesucristo. Lo notarán cuando los hijos de Dios se reúnen para hablar de las experiencias de sus vidas. Utilizarán sus propias palabras, no simplemente frases de otras personas. Hablarán con toda sencillez. Pero cuando hablan del amor de Cristo, a menudo no pueden encontrar palabras adecuadas para expresarse. Entonces, con frecuencia, recurrirán a palabras de las Escrituras. Jamás se podrá expresar en palabras humanas cuán precioso es el Señor Jesús. Así que, ¿qué hace el instructor en el Domingo 6? Él utiliza la Palabra de Dios; se expresa con un texto de las Escrituras. Su respuesta es una cita literal de 1 Corintios 1:30, donde Pablo dice que el Señor Jesucristo “*ha sido hecho por Dios sabiduría, y justicia, y santificación, y redención*”.

Oh congregación, aquí vemos cuán profundamente bíblico es el Catecismo. Nuestra confesión se basa enteramente en las Escrituras. A veces, uno encuentra a alguien que intenta decir que el Catecismo es simplemente la obra de hombres. Ellos dicen: “Ah, ese libro no es la Biblia, sino solamente la doctrina de su iglesia. Es algo que ha sido escrito por seres humanos.” No sean demasiado rápidos en descartar el Catecismo de Heidelberg. Primero, léanlo con atención. Hagan lo que nosotros también deberíamos hacer: examinen las referencias bíblicas. Bajo las respuestas en el Catecismo, pueden encontrar numerosas citas bíblicas que demuestran, una por una, que las respuestas están fundamentadas en la infalible e inmutable Palabra de Dios. Congregación, lean las preguntas y respuestas junto con los textos bíblicos antes de venir a la iglesia el domingo. Tómense un tiempo para esto. Nuestro Catecismo es un libro para amar y apreciar. Es profundamente bíblico; contiene mucha instrucción y experiencia en él.

“Nuestro Señor Jesucristo”, dice el instructor. ¡Cuánta calidez se siente en esta respuesta! Aquí habla alguien que sabe que Cristo es su Señor y Salvador, y clama a otros: “Tal es mi amado, oh, hijas de Jerusalén. Todo él es deseable. Él es señalado entre diez mil. ¿Quién hay como Él? ¡No hay nadie en los cielos ni en la tierra! Él es el perfecto Mediador, el Único que me puede llevar a Dios. Él es el gran Don del Padre. Él ha sido dado por el mismo Dios contra quien nos hemos rebelado en el Paraíso, dado por Aquel a quien hemos ofendido tan terriblemente, dado por Él que nos debería haber echado fuera en Su justicia”.

En Juan 3:16 leemos: *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, más tenga vida eterna.”* El Señor dice: “todo aquel.” Esa es la invitación del evangelio, querida congregación. No habrá excusa si usted perece. Usted puede ser salvo. El Padre presenta a Su Hijo como un Salvador perfecto, idóneo y dispuesto. Lo señala a Él como el único Mediador para un pueblo pecador, y nos llama a volver de nuestros malos caminos y despojarnos de nuestra justicia propia. Él dice: *“Mirad a mí y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y ninguno más hay”* (Isaías 45:22). No habrá excusa si usted muere inconverso y debe pasar la eternidad en el infierno. No hay excusa. Si hay alguien aquí que diga: “mis pecados son demasiados graves”, yo les pregunto dónde puede encontrar eso en la Palabra de Dios. Su pecado es, de hecho, muy grave, pero nunca demasiado grave para este Mediador que es verdadero Dios y verdadero Hombre, quien se pone del lado de Dios y del lado del hombre. Él ama morar con pecadores de corazón quebrantado y levantarlos del polvo, restaurándolos a la comunión con Dios. Ninguno está demasiado lejos de Dios, y ninguno ha pecado demasiado gravemente.

Cristo es hecho por Dios *sabiduría*. ¿Es usted necio e ignorante? ¿Le falta entendimiento? Bueno, Él es la Sabiduría misma. Como el Profeta supremo, Él le puede enseñar. Por Su ministerio profético, Él hace espacio para Su oficio sacerdotal, para Su sacrificio, Su sangre y Su obra perfecta. Cristo es hecho por Dios *justicia*. Pobre y culpable pecador, Él quitará sus harapos sucios y lo cubrirá con el manto de Su salvación. Él pagó el precio, y lo da gratuitamente al pecador pobre y digno de condenación. Él es también hecho por Dios *santificación*. Él renueva el corazón y la vida de Sus escogidos. Ellos no pueden hacer otra cosa que tropezar y caer, pero Él los santificará por Su Espíritu. Sí, Él es hecho por Dios *redención*. ha redimido a los Suyos, continúa con Su obra redentora, y algún día les concederá la redención plena. Cuando mueran, su alma se unirá inmediatamente a Cristo. Y cuando Cristo vuelva para levantar a los muertos, gozarán de esa plena redención de una forma no conocida antes. Entonces glorificarán a su Salvador con cuerpo y alma y cantarán las alabanzas del Dios trino por toda la eternidad.

Vengan, cantemos sobre esto ahora del Salterio 241:1,4,5.

* * * * *

Tercer Pensamiento. El lugar donde podemos hallarlo.

“¿Cómo sabe eso? Usted puede decir que Cristo nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justicia, santificación y perfecta redención, pero ¿cómo sabe realmente que eso es verdad? ¿Cómo sé que Cristo es el Mediador? ¿Cómo sé que Él es *mi* Mediador y que Él me es dado por Dios mismo?”

Congregación, allí tienen la última pregunta del Domingo 6: “¿De dónde sabes esto?” No se molesten porque nuestro catecismo sea tan directo. Este librito es personal, directo y honesto. No nos bendice tan rápidamente. No dice: “Oh, ¡qué hermosa confesión has hecho! ¡Seguramente todo está bien contigo!” No. Cuando venimos al final del Domingo 6, encontramos una pregunta que escudriña el corazón: “¿De dónde sabes estas cosas? Usted puede decir mucho, usted puede saber mucho y usted puede sentir mucho, pero ¿cuál es su fundamento?” Esa es una pregunta importante, ¿verdad? Lo que necesitamos es una esperanza bien fundada, no simplemente una esperanza que desaparecerá y que nos traicionará en la hora en que más la necesitemos. Nuestro Catecismo no quiere que edifiquemos sobre la arena sino sobre la roca. Por eso se plantea la pregunta: “¿De dónde sabes esto?” En otras palabras: “¿Tienes un fundamento para esto? ¡Cuéntame algo al respecto!”

Escuchen la respuesta. Dice: “Del Santo Evangelio, el cual Dios reveló primeramente en el Paraíso, y después lo anunció por los santos patriarcas y profetas, y lo hizo representar por los sacrificios y las demás ceremonias de la Ley: y al fin lo cumplió por su Hijo unigénito.” Esa es la respuesta. El conocimiento del pecado viene de la ley. Usted lo recordará desde el Domingo 2. Pero el conocimiento del Mediador se deriva del evangelio. Este es el mensaje del Domingo 6. Aquí encontramos el “lugar” en donde vive Cristo. ¿Dónde lo podemos encontrar? ¡En el evangelio!

Niños, cuando tenía su edad, a menudo pensaba: “Si tan solo viviera el Señor Jesús en este mundo hoy, yo iría a Él”. Creía que era mucho más fácil para la gente que vivía en los días del Nuevo Testamento. Ellos simplemente podían ir a Él y recibir respuestas a sus preguntas. “Oh, si Él estuviera aquí hoy, yo lo buscaría y le pediría un nuevo corazón. No me iría hasta que me concediera mi petición”. Eso pensaba cuando era joven. Quizá ustedes me entienden. Pero lo que pensaba no era correcto. Incluso en los días del Señor Jesús, había muchos niños que no se acercaban a Él. Había mucha gente a su alrededor que nunca reconoció que Él era el Mediador. Estaban tan cerca de Él, pero su corazón permanecía tan oscuro y malo como antes.

¿Cómo, entonces, podemos encontrarlo? No por ir a la tierra de Israel, ni tampoco por ascender al cielo donde ahora está a la diestra de Su Padre. Eso es imposible. Usted lo puede encontrar aquí —en la Palabra de Dios. Aquí es la dirección de Su casa, por así decirlo. Y esta dirección es

tan clara que usted no puede equivocarse. Si usted lo busca en Su Palabra, ciertamente lo encontrará.

“¿De dónde sabes esto?” La respuesta dice: “Del Santo Evangelio”. El evangelio es una noticia gozosa. Es el mensaje de la salvación revelado por Dios mismo en el Paraíso. Cuando el hombre cayó, y todo se tornó tan oscuro en el Huerto de Edén y Adán y Eva estaban allí con las cabizbajos, entonces el Señor dijo a la serpiente: *“y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el calcañar”* (Génesis 3:15). Esa es la llamada “promesa madre”, la madre de todas las promesas que seguirían después. Fue la primera revelación del evangelio.

Luego, el evangelio fue anunciado “por los santos patriarcas”. ¿Quiénes eran los patriarcas? Hoy, a veces decimos “patriarcas” a hombres muy ancianos que han visto a sus hijos, nietos y bisnietos. Sin embargo, el Catecismo no se refiere a esto cuando habla de los patriarcas. Nuestro Catecismo se refiere a los patriarcas de los tiempos bíblicos, como Abraham, Isaac y Jacob. Ellos proclamaban el evangelio. Los profetas hacían lo mismo. Isaías, Miqueas y otros siervos de Dios predicaban el evangelio de la muerte y resurrección de Jesús. En los días del Antiguo Testamento, el evangelio también era representado por las ceremonias y sacramentos, es decir, por la circuncisión y el cordero de la Pascua. Especialmente, el evangelio era visualizado en el tabernáculo y en el templo por los sacerdotes y los sacrificios que ofrecían. Todas esas ceremonias constituían una ilustración viva, un evangelio visible.

Finalmente, el evangelio fue cumplido “por su Hijo unigénito”. En Hebreos podemos leer: *“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien asimismo hizo el universo”* (Hebreos 1:1-2).

En resumen, ¿dónde podemos encontrar a este Mediador? ¿Dónde lo debemos buscar? En la Palabra de Dios, en las Escrituras, en el santo evangelio. Esto no quiere decir que podemos ayudarnos a nosotros mismos solo por leer un poco y usar nuestra inteligencia. Hay muchas personas que viven por conclusiones: “Somos pecadores”, dicen, “y Cristo es el Salvador de los pecadores, así que Él también es mi Salvador”. Esa es su conclusión. Es un tipo racional de cristianismo que niega la necesidad de la obra del Espíritu Santo. Por lo tanto, congregación, nunca les pone celosos, dado que es un conocimiento de la cabeza, pero no del corazón.

Por otro lado, hay una clase de cristianismo que es emocional, es decir, que vive por verdades que pasan por la mente y que son estimadas como palabras que vienen del cielo. Tales personas basan su conversión en sus experiencias, pero algo que nunca han experimentado es un naufragio. Nunca se han caído por la borda, y nunca han encontrado la salvación solamente en Cristo. El Catecismo, sin embargo, nos muestra claramente cómo podemos encontrar al

Mediador y *dónde* podemos hallarlo. Es en las Escrituras, abiertas y aplicadas por el poder del Espíritu Santo. El Señor Jesús dice: “*Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí*” (Juan 5:39). Nuestra conversión debe ser una conversión bíblica. Todo lo que no sea conforme a la Palabra de Dios no tendrá futuro.

Congregación, que el Señor los recuerde. Mi esperanza y deseo para cada uno de ustedes es que Dios haga espacio para esta gloriosa Persona en sus vidas, que Él escriba este Nombre lleno de riquezas en sus corazones y que les conceda una esperanza bien fundada. ¡Qué maravilla es cuando Dios revela al Salvador en la imposibilidad de su vida! ¡Cuando el Espíritu Santo utiliza la Palabra de Dios para señalárnoslo! Cuando el Sol de justicia comienza a nacer y los rayos cálidos de ese Sol caen sobre su alma. En tales momentos, el corazón se llena tanto que uno no puede sino susurrar: “*Nuestro* Señor Jesucristo”. Entonces se ve todo en Él: sabiduría, justicia, santificación y perfecta redención. Así, el corazón queda lleno.

Sin embargo, *verlo* aún no es *poseerlo*. Cuando el Sol se esconde detrás de las nubes de la justicia de Dios, su corazón vuelve a estar atrapado por el miedo. Entonces, la pregunta ansiosa corre por su mente: “¿Es Jesucristo en realidad *mi* Mediador? ¿Se ha aplicado Su justicia a mi alma? ¿Lo he abrazado como el Don del Padre?” No debemos negarlo si Cristo se ha revelado en la hora en que fuimos llevados a inclinarnos ante Dios como pecadores perdidos; cuando vimos a Dios justo en todos Sus caminos y obras y nos vimos a nosotros dignos del infierno en nuestra experiencia. ¡Cuán precioso es ver al Mediador en toda Su idoneidad, en Sus perfecciones y en Su disposición! Pero queda la pregunta: “¿Es Él *mi* Salvador? ¿Cómo se convertirá en mío?”

Congregación, es por la obra del Espíritu Santo que se da esta seguridad de la salvación. Es el Espíritu de Dios quien gana una esposa para Cristo. Nunca da descanso al pueblo de Dios hasta que estén unidos con Cristo. Los hace ver su miseria cada vez más profundamente y los aleja de todos sus falsos fundamentos de descanso, de modo que pierden su vida y se pierden ante Dios. ¡Oh, qué maravilla es cuando pueden recibir al Esposo de la iglesia y tomarlo en sus brazos! Cuando pueden abrazarlo por fe y sumergirse en adoración. Entonces pueden balbucear: “Él es *mi* Señor Jesucristo. Él no solo pertenece a otros; Él es también mío.” ¡Esperen entonces en Él, pobres almas en medio de nosotros! Aunque Él pueda tardar, ¡seguro que vendrá!

Y ustedes, pueblo de Dios más ejercitado, ¡qué precioso es Aquel a quien ustedes pueden llamar “nuestro Señor Jesucristo”! Hagan uso de Él en todas sus necesidades y carencias. Su plenitud jamás se agotará. Hay sabiduría para su ceguera, justicia para su culpabilidad, santificación para su vida impía y, al final, recibirán la redención perfecta. Amén.

Salterio 304:2